

Fragmento de novela

La mano del fuego

Alberto Ruy Sánchez

A lo largo de libros como Los nombres del aire, En los labios del agua y La huella del grito, entre otros, Alberto Ruy Sánchez ha explorado un universo muy propio y original. Ofrecemos a nuestros lectores un fragmento de su nueva novela titulada La mano del fuego: un Kama Sutra involuntario, que publicará Alfaguara.

Mi casa se estaba quemando y sólo podía salvar una cosa.

Decidí salvar el fuego.

No tengo dónde vivir pero el fuego vive en mí.

Y me defiende discretamente de todo lo impuro.

Mi futuro ya no es importante.

Sólo cuenta la intensidad del instante.

Jean Cocteau

El fuego es lo ultravivo.

Es íntimo y es universal.

Vive en nuestro corazón y en el cielo...

Brilla en el paraíso y quema en el infierno.

Es calidez y tortura, cocina y apocalipsis...

Es un dios tutelar, bueno y malo a la vez.

Gaston Bachelard

De un reporte forense: Cuando preguntamos por el cuerpo del hombre asesinado se nos mostró este jarrón de barro. Nos dijeron: “Es un cuerpo tatuado por fuera y por dentro”. Por fuera desciframos una cita del poeta del siglo XI, Ibn Hazm, autor de un *Kama Sutra* árabe titulado *El collar de la paloma*. Viene de su libro *El carácter sonámbulo*:

Esta historia corrió por boca de todos como agua de lluvia en las calles. Dicen que a aquel hombre sonámbulo le brillaba en la oscuridad la mano que le habían cortado y con ella tocaba a las mujeres como nadie puede tocar a otra persona: a fondo, metiéndose en lo invisible, moviendo y conmoviendo hasta sus ideas. Pero su historia no puede ser contada de manera tradicional: el protagonista es un flujo, una voz que corre y se mete en distintos cuerpos y situaciones. Un hombre que se equivoca y duda y a veces acierta y goza. Está obsesionado en descifrar el deseo, conocer a fondo el corazón del fuego.

Para ello usaba su mano como guía y mapa del mundo del deseo: cada dedo una estación de su viaje, de su expedición en busca de la más alta intensidad amorosa. El pulgar le recordaba las paradojas de la pasión. El índice le indicaba su camino hacia el fuego. El cordial, su corazón cambiante y frágil, órgano sexual absoluto del alma y por ahí del cuerpo. El anular, la fragilidad de las relaciones amorosas. Y con el meñique se destapaba el oído para escuchar la música del deseo. Su historia fluye cambiante, encendida por la atención de quienes la escuchan y la hacen suya.



Dentro del jarrón de barro se encontró un paquete de papel. Lo envolvía un listón manuscrito que decía: “De antemano”. Atado a él un amuleto: una mano de plata de las que llaman Jamsa. Luego, bajo el título de “Mi palma en la arena”, cinco cuadernos disparatados que parecen escritos por personas distintas pero es la misma en diferentes situaciones de deseo. Se percibe a un hombre errático, enamorado, equivocado, muchas veces ridículo, sonámbulo y obstinado, buscando inútilmente explicar su camino hacia el fuego. Se intuye que la magia y la poesía en sus manos van desapareciendo, se vuelven reflexión sobre el fuego. Sufrir por ello. Pero cuando la magia resurge por un instante lo quema, lo empuja a merodear inútilmente en lo indecible. Todos esos papeles están envueltos en una hoja delgada y más grande donde otra persona cuenta la infancia extraña de aquel hombre variable, equívoco, deseante. Entre los papeles surgen volando muchos insectos alados, del tipo de los que son atraídos por el fuego. Y que son mencionados en el texto cifrado en la cara interna del jarrón cuya escritura, por cierto, no ha sido aún completamente descifrada por dentro. Se ha probado que el jarrón está hecho de las cenizas de dos personas. Probablemente de quien escribió esa historia y de su amante.



LA LEY DE JAMSA

Es en Mogador la hora en que el sol toma por sorpresa a los amantes. No interrumpe sus besos desvelados, los ilumina. El aliento enamorado que los ata desde anoche en cada beso es un hilo de aire que no cesa, que los trastorna, que los convierte en un solo cuerpo y a la vez en mil.

Se aman minuciosamente con los ojos ávidos, las manos hechas agua, las lenguas hechas manos, el olfato hambriento y delirante. Y los labios, como heridas a flor de piel, que todo lo tocan y todo lo dicen sin decirlo.

Se exploran sin cesar, se gozan, ya no saben desde cuándo. Se conocen, se desconocen, se reconocen desconocidos. Sus besos marcan el tiempo interno, infinito, de sus cuerpos de mil poros entreabiertos, de mil brazos y piernas y dedos entretejidos. Y unas cuantas palabras trenzadas con ardor, como escritura muy tensa y muy lentamente dibujada. Las palabras de amor son fuegos breves que brotan entre sus cuerpos.

El sol marca el otro tiempo, el externo, el del giro del mundo, el de los relojes. Pero es verdad, también el de

la gravedad de los planetas. La que vuelve a los amantes como piedras imantadas, materia que gira mutuamente atraída. Un amante es luna llena del otro y también su más alta marea.

En algunas sectas sufis, como la zarruqiya, el alba es el momento de la oración mental: del contacto inmediato y sin palabras con Dios. Para la casta de Los Sonámbulos en cambio es el momento de comprobar que la noche sigue habitándolos y ahí habla y habla, está llena de fantasmas del deseo protegidos por su obscuridad.

La luz del sol que poco a poco los alcanza da a su piel un calor suplementario, un tacto más, una nueva sonrisa. Les dice: la noche, su noche, no se ha desvanecido. ¿Dónde está? Se les fue metiendo en la piel con cada movimiento de sus caderas: la han ido empujando y se les ha quedado dentro del sexo. Ahí es como una sombra densa y pulida, muy oscura, detrás del brillo húmedo que los une. Y no quiere salir. Late al ritmo de su sangre. Respira por los pliegues de sus cuerpos.

La noche de los enamorados, en Mogador, se lleva dentro. Desde ahí ilumina. Y todo lo demás en la vida, aunque sea algo que duela, se vive con fortaleza y cierta alegría.



Varias horas después, cuando ya el sol está tan alto que no arroja sombra sino abajo de los zapatos, los enamorados, en sitios distintos, cultivan otras pasiones. Las manos, llenas en silencio del cuerpo amado, se hunden en sus otras labores cotidianas.

Jassiba cuida sus jardines, mima sus plantas, entona el canto de sus fuentes. Va al mercado y vigila la venta de sus flores.

Zaydún se prepara para el ritual de contar historias en la Plaza del Caracol, corazón cambiante de la ciudad. Pero también para contarlas en las páginas impresas de una revista que se lo pide. En Mogador, los contadores de historias pasan con naturalidad de la plaza a la página y viceversa. Por lo pronto, en su mesa, extiende sus manuscritos, despliega y repliega sus palabras. Comienza otra vez a respirar letra por letra y vive de nuevo, como una aparición, su obstinado delirio de enamorado.

Tiene el compromiso de terminar un ensayo sobre la tradición de *Kama Sutra*s árabes. Y lo comienza con entusiasmo. Pero a cada instante lo distrae la memoria viva de su amante Jassiba doliéndole ahora con placer en cada músculo y en cada punto de su piel.

Poco a poco va reconociendo que desde el fondo le brota una necesidad distinta de su deber. Preferiría contar la historia de un soplo sonámbulo encaminado hacia su amada. Un hombre poseído más allá de su cuerpo. El que viaja hacia la llama. El que va cambiando de piel mientras avanza. Uno habitado por el deseo y sus transformacio-

Se ha probado que el jarrón está hecho de las cenizas de dos personas. Probablemente de quien escribe esa historia y de su amante.

nes, sus búsquedas obsesivas y sus inevitables ridículos y equívocos. Siente que lo habitan varios cuerpos e historias y todos piden salir.

Teme ser tan fiel a esa multiplicidad de voces, tan encaminado hacia sus obsesiones, tan poco lineal en su relato que su círculo de oyentes en la plaza, su “jalca”, no lo siga ya plenamente.

Podría contarlo distinto. Ya lo ha hecho de una manera más tradicional y fácil de seguir. Pero lo que necesita hacer ahora es otra cosa. Para ofrecer de verdad una probada de ese soplo que es él, lleno de muchos otros seres sonámbulos, tiene que desafiar la costumbre de quienes cuentan historias en la misma plaza y alterar el orden de sus cuentos.

Se consuela pensando que la vida en realidad tiene la lógica de los sueños. Que contar las cosas de manera realista, como sucede en algunas novelas, y en la boca de otros contadores de historias, es una convención más, una salida que se han dado algunos para no aceptar el delirio que es la vida, el reto inmenso que es tratar de comprender ese delirio. Es no aceptar que nos unen y nos separan, nos detienen y nos mueven poderosos malentendidos. Que nada es lo que parece y además va cambiando. Que la última realidad es el deseo, sus ilusiones, sus búsquedas. Que los cuerpos enamorados son dunas y sus historias las cuenta el viento mientras las mueve.



Y entonces Zaydún comenzó así una labor de varios años que no llegaría a publicar vivo. Obstinada y aparentemente dispersa, arrancaba como una imagen fluida, distorsionada en un espejo. Una imagen de cinco afluentes como cinco dedos llenos de palabras:

Había una vez un contador de historias enamorado locamente de una jardinera. Era un río de palabras. Agua sonámbula. Era mi cuerpo antes, después, ahora.

Érase una vez un río que me llevaba hacia el corazón de mi amada, entrando por sus ojos, entre sus piernas, por su boca, por sus manos abiertas.

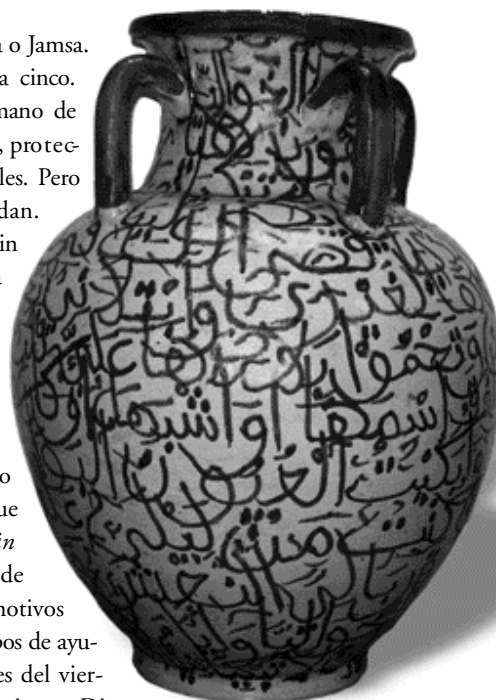
Y entraba también por la huella roja que su mano dejó sobre su puerta blanca. Puerta que se abre hacia lo invisible, hacia lo indecible del amor. La mano del fuego.



Sobre el portón de muchas casas de Mogador o sobre un muro encalado, y especialmente en las callejuelas laberínticas de la medina: la parte antigua de la ciudad, se puede ver la huella roja entintada de una mano. Los cinco dedos separados claramente. De alguno de ellos o de la palma entera escurre un poco de pintura. Es una huella poderosa: está ahí para ahuyentar a los malos espíritus, al mal de ojo o a cualquier otro tipo de maldición. Es una mano que conjura, bendice, protege. También es mano abierta para recibir al que en su cuerpo trae una presencia buena.



Se llama Mano de Fatma o Jamsa. En árabe Jamsa significa cinco. Los cinco dedos de la mano de Fatma, la hija del profeta, protectora simbólica de los fieles. Pero también de los que dudan. Ella no juzga. Protege sin distinción. Jamsa es cifra clave del Islam. Son cinco las veces que el almuecín canta el llamado a la oración desde su altísima torre esbelta, su minarete o alminar. Cinco las claves del misterio que sólo Alá conoce (*Corán* VI-59). Cinco los Pilares de la Sabiduría. Cinco los motivos de ablución. Cinco los tipos de ayuno, las dispensas posibles del viernes, las fórmulas para decir que Dios





es grande, los camellos que se necesitan para el pago ritual de un agravio, y cinco son las generaciones que debe durar una venganza entre tribus del desierto.

Para algunas tribus sufis que aceptan ser sonámbulas del deseo, cinco son las estaciones del amante en su viaje a conocer el fuego. Y cada una se reconoce bajo el emblema de un dedo. Cinco los símbolos de lo que mueve misteriosamente su cuerpo y, en la perfecta geometría de su corazón cambiante, cinco las mujeres que pueden ser diosas del amor al mismo tiempo.



El cinco es un fetiche. Y es cifra en el doble sentido de número y de código secreto. Acumula significados: protección divina, símbolo de armonía, síntesis de los elementos del universo. Cada dedo es agua o tierra o aire o fuego y el quinto es la nada que los une. La nada que a la vez es todo. La quintaesencia. Mano poderosa que todo lo contiene, incluyendo al vacío. Que todo lo hace con posible habilidad y con decisión lo ejecuta, lo empuja, lo cuida.



En otra mitología, que también imperó en Noráfrica y España, la mano se relaciona con Sagitario, el ser excepcional de doble naturaleza: hombre en la cabeza y caballo en el sexo, el que se mueve, sueña y desea más allá de sus límites naturales, el que extiende la mano al cielo como flecha. Signo de fuego y aire. Para algunos es tan sólo quimera. Para otros, destino.



Una Jamsa se pinta con frecuencia sobre los *Kama Sutras* árabes (como *El jardín perfumado* de Nefzawi, *El collar*

de la paloma de Ibn Hazm, *La guía del amante alerta* de Ibn Foulaita, o el *Tratado del amor* y *El intérprete de los deseos* de Ibn Arabí) esos manuales que son poema, narración y ensayo al mismo tiempo y que nos ayudan a vivir. Y especialmente se pinta sobre esos volúmenes desde que uno de ellos se llamó *La ley de Jamsa*. Un manual del amor es un libro que nos lleva de la mano. Nos guía tocándonos. Conduce nuestros pasos desde los dedos y los ojos.

En algunos manuales árabes del amor el cinco es fundamental, marca el ritmo de acercarse, de temperar el deseo:

El amante debe ofrecer a su amada cinco caricias prolongadas en cinco círculos concéntricos alrededor de cinco besos públicos. Todo cinco veces repetido antes de pensar siquiera en entrar en ella. Y cinco veces debe escuchar que el cuerpo de la amada, en su lenguaje propio, no necesariamente con palabras, lo llama, lo reclama dentro. Sólo después de la quinta llamada el buen amante se aventura: eso se conoce en el amor como *La ley de Jamsa*. Y la mujer suele invocarla ante los ojos del amante simplemente extendiendo ante él la palma de su mano o colocándola suavemente sobre sus ojos.

Los amantes más sofisticados —sigue diciendo *La ley de Jamsa*—, dejan que nueve veces cinco crezca la tensión del arco amoroso que lo lanzará muy adentro del corazón de la amada. Muy adentro de su cuerpo. Cinco y nueve embebidos como cifras amantes, como amantes cifrados. Cinco largos y profundos, más nueve cortos y leves son los movimientos amorosos que llamamos “ritmo de penetración y compenetración”; y que crean una composición amorosa perfecta. En esos horizontes del cuerpo, perfecto significa deseable.



Al entrar la tarde, Jassiba ha comprado el azafrán y el aceite de argano. Piensa claramente en los sabores que, boca a boca, compartirá esa noche con su amante.

Le falta visitar al maestro del barro que desde siempre la complace, Tarik Razaali, el ceramista mayor de Mogador. Quiere sorprender a Zaydún con un regalo. Es una idea a la que ha estado dándole vueltas desde hace

Es una mano que conjura, bendice, protege.
También es mano abierta para recibir
al que en su cuerpo trae una presencia buena.

tiempo y que ha surgido, en parte, en las conversaciones con su amado.

Llega a la zona del mercado donde están los alfareros. Es una plaza interior, de forma excepcionalmente triangular, que hace muchos siglos fue hospital de la ciudad. Aquí aprendió y practicó la medicina Ibn Jaldún, antes de ser víctima de las intrigas de la corte. Aquí trató a un hombre que se decía reencarnación de Mashnún, el loco por Laila. Antecedente árabe de lo que muchos siglos después, en el norte del Mediterráneo, se llamó el amor cortés. Justo en el taller del alfarero que ella visita estuvo encerrado ese Mashnún y escribió en los muros la forma enamorada de su tormento. Todavía se adivinan aquí y allá las formas caligráficas de sus versos. Por aquí, “tus entrañas de fuego me devoran”. Por allá, “Te vi, ¿era un sueño?”. Citas del conocido poema clásico que cualquiera reconoce.

El poema legendario justifica su fragmentación, su rompimiento continuo, su falta de convenciones, por la locura del poeta. Pero al final se pregunta, ¿no todos los enamorados radicales viven delirios de esta naturaleza? ¿De dónde sale que el amor, que vuela al aire del deseo, puede ser contado de otra manera?

El alfarero, Tarik, cuida esos viejos pedazos de verso dibujados en cal como uno de sus tesoros más preciados. Jassiba entra en su taller cuando él mezcla tierras, prepara sus materiales. Sus ayudantes encienden el horno y, como siempre, tienen que comenzar por ahuyentar a los insectos que vuelven hipnotizados por su fuego. Insectos de todo tipo, muchos de ellos voladores. El fuego los llama, es su gran enigma.

Jassiba entra en el taller perturbando la concentración que todos tenían en el arranque del horno. Su forma de caminar, de estar de pie, sus ojos que miran fijo y con suavidad al mismo tiempo, su presencia, son sin duda llamas muy inquietantes.

Como ella distrae a los aprendices, los insectos de nuevo merodean masivamente el hogar del fuego. Ella se sorprende por la cantidad y comenta:

—¿Con qué fuerza los atrae!

Tarik sonríe mientras piensa que con la misma fuerza él se siente atraído por ella. Siempre lo ha sentido. Pero no se atreve a mencionarlo. En cambio le dice, con aire de complicidad:

—Son cosas de enamorados. Todos anhelamos el fuego, hasta mis cosas de barro lo desean. No todos lo resisten o saben vivir con las transformaciones que nos impone. Porque el fuego es amante exigente. Y convierte en fuego lo que toca.

La tomó del brazo y la llevó a otra sección del taller donde el calor del horno no se sintiera tanto.

Jassiba quiere hacerle un encargo. Ella desea que en un futuro incierto, cuando ella y Zaydún hayan muerto, si Tarik aún vive, haga con sus cenizas reuni-

das una pequeña obra de cerámica. Una de la que el artesano se pueda sentir muy orgulloso. Quiere que Tarik invente una forma inútil, frágil y tal vez bella. Que la haga desde ahora como anticipo o boceto sólido de lo que realizará, él o uno de sus discípulos, cuando ambos hayan muerto. No se trata de una urna para sus cenizas sino de una obra hecha de sus cenizas.

Tarik le pregunta: “¿Las cenizas del que muera primero esperarán al que venga luego? Porque es muy probable que no mueran al mismo tiempo”.

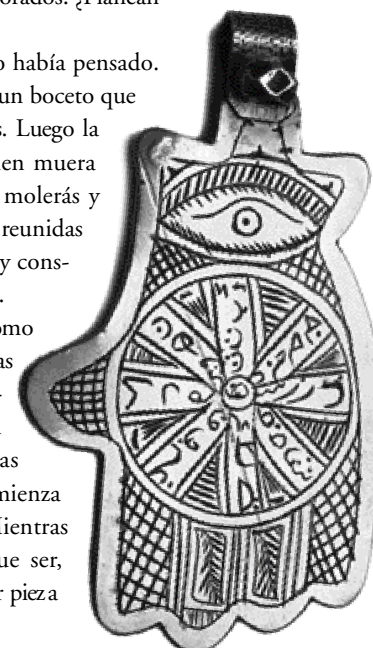
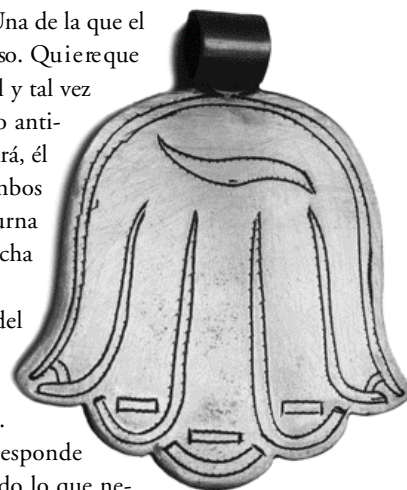
“Tú no te preocupes por eso”, responde Jassiba. “Tendrás en su momento todo lo que necesitas. Instrucciones y cenizas”. Lo que hace pensar al alfarero en un extraño pacto de enamorados. ¿Planean un suicidio compartido?

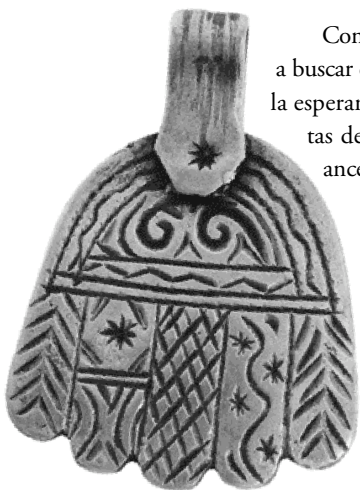
Jassiba lo aclara sonriendo: “Ya lo había pensado. Harás primero una vasija de prueba, un boceto que nos mostrarás para que lo aprobemos. Luego la volverás hacer con las cenizas de quien muera primero. Y después lo romperás, lo molerás y volverás a hacer otro con las cenizas reunidas de los dos. Es un encargo triple, estoy consciente. Y te lo pagaré por adelantado”.

La petición extraña a Tarik tanto como lo anima el reto. Las cenizas humanas podrían naturalmente servir para esmaltar, pero para formar parte del cuerpo de barro necesitará mezclarlas con materiales muy diversos. Ya comienza en su cerebro a elaborar su pieza. Mientras tanto, la obra de prueba tendrá que ser, según Tarik le dice a Jassiba, “la mejor pieza de la que soy capaz”.

En cuanto ella abandona el taller él se pone obsesivamente a pensar en ese encargo, en la pieza perfecta para complacerla, la más trascendente de sus obras. No quiere Jassiba urna, ni cenicero, ni florero, ni jarra de agua, ni figura humana o animal. Claramente le pidió “una belleza inútil”.

Tarik recuerda el estante que tiene arriba del torno donde guarda varias formas caprichosas que él llama sus “piezas tercas”. Pequeñas esculturas de barro que esperan el momento de ser deseadas por algún visitante que ame la extravagancia. “La muerte, piensa Tarik, es también una cosa terca, obstinada en sus formas, caprichosa en sus resultados. Qué mejor que casarla con una obra de barro no menos caprichosa”.





Con dos o tres de esas obras en mente se pone a buscar en su torno el boceto tridimensional, con la esperanza o la certeza de que sus manos, repletas de memoria involuntaria, de movimientos ancestrales y siempre nuevos, harán brotar finalmente la pieza perfecta para ofrecer a Zaydún y a Jassiba.

No deja de sentir que ha entrado en las entretelas de un pacto secreto donde la unión de los enamorados a través de sus cenizas no es lo más natural. Pero muy pronto infla su ego pensando que por su pieza de barro renacerán unidos tierra contra tierra. “Llamaré a esta obra Ave Fénix”.

Se da cuenta de que sus dos manos modelando barro se mueven como una libélula que parece aletear sedienta sobre la humedad de la tierra. Y estremecido se detiene. Las libélulas en Mogador son consideradas anuncio del más allá. Expresiones de lo invisible que vienen a aletear frente a los ojos de los vivos para prevenirlos de un cambio, con frecuencia sustancial, como el paso de una vida a otra: un anuncio de la muerte.

Pero las libélulas también simbolizan en Mogador a esa parte secreta de los amantes que los hace fundirse uno en el otro. Una libélula aleteando hacia la luz es un corazón cambiante, enamorado, a punto de unir su vuelo con otro enamorado. Tarik siente que el encargo tan extraño de Jassiba nubla su entendimiento.

Detiene el vuelo de sus manos, que nunca había visto de manera tan alada. Piensa que se debe tal vez a la penumbra de su estudio.

Habitualmente él trabaja en el torno muy temprano y ahora ya es tarde. Decide interrumpir para continuar en un torno que tiene más cerca de la ventana, donde hay mejor luz.

Recoge la pieza tomándola desde abajo. El gesto de sus dos manos sosteniendo esa vasija, como si llevaran una ofrenda, es un gesto ritual. Una oración táctil que lo liga a quién sabe cuántos humanos que han sostenido entre las manos bien abiertas una vasija similar de barro. Piensa que cuando esté llena de agua, en ella se reflejarán el cielo, la luna llena, los ojos de los enamorados.

Esa misma tarde, Zaydún en su estudio toma un libro sosteniéndolo con las dos manos, exactamente como Tarik estaba tomando su vasija para cambiarla de un torno al otro. Hacían el mismo gesto ritual, sin saberlo. Uno con barro, otro con papel en las manos. Ambos se unen a todos los hombres que lo han hecho antes. Y a mí que estoy a punto de hacerlo con este libro donde leo sus historias.

Zaydún abre y hunde su mirada en ese volumen de Ibn Hazm llamado *La ley de Jamsa*, pareja secreta, todavía no traducida del árabe, de su libro más difundido, el ya clásico tratado del amor y los amantes, *El collar de la paloma*.

Descubre, por cartas y testimonios incluidos en esa edición, que mientras Ibn Hazm trabajaba en su célebre teoría del amor, la vida y su poesía venían a interrumpirlo a cada paso. A metérsele entre las palabras eruditas obligándolo a realizar un segundo libro, casi un diario, más bien un recuento de obsesiones. Incluye tanto ideas como revelaciones, cuentos nuevos y viejos, aclaraciones no pedidas pero que él siente necesarias, sensaciones convertidas en relatos, miedos, memorias, anhelos, secuencias fieles y aparentemente inconexas de eso que podríamos llamar “su búsqueda”. Un género de géneros literarios que en aquella época llamaban *adab*. Todo organizado bajo cinco estaciones simbólicas de su recorrido. Una por cada dedo de la mano.

Zaydún descubre así que la teoría del amor de Ibn Hazm está en el más conocido *El collar de la paloma*, su sombra vital, casi desconocida es *La ley de Jamsa*. Fue subtitulada por sus editores posteriores, *Un Kama Sutra involuntario*, dando a entender que mientras en *El collar de la paloma* toda sabiduría era premeditada, en el otro ideas e historias eran casi una cadena de accidentes que se fueron produciendo por extrañas circunstancias, como en la vida.

Zaydún comenzó a tomar notas y escribir sobre *El collar de la paloma* y *La ley de Jamsa* cuando, de pronto, como el insecto tenaz del ceramista, en la vida de Zaydún se metieron sus pasiones obsesivas. Y comenzó también a dar cuenta de ellas. Pasó un tiempo para que tuviera conciencia y aceptara que ésa era su propia *Ley de Jamsa*, su particular sombra viva, su propio *Kama Sutra involuntario*. Y finalmente confesó:

“Esta suma de lo que soy y lo que no quiero ser es como mi huella que se lleva el viento, mi palma en la arena, mi oasis frágil, mi voz convertida en un soplo que se mete en los personajes que describo, comenzando por mí, por mis sueños. Una invención como cualquier otra”. [U]



Fragmento de la novela *La mano del fuego: un Kama Sutra involuntario*, que publicará Alfaguara.

José Emilio Pacheco en Casa del Lago

El lunes quince de octubre la UNAM rindió homenaje al poeta, narrador y ensayista José Emilio Pacheco en Casa del Lago. Una placa con su nombre fue develada en el Salón de los Candiles. Compañero de viaje de una generación abundante en talentos, entre los que destacan Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Tomás Segovia, Juan García Ponce y Juan José Gurrola. Autor de libros fundamentales como Los elementos de la noche, Siglo pasado, Morirás lejos y Las batallas en el desierto, entre otros, José Emilio Pacheco ha sido fiel a sus obsesiones primordiales: el cultivo de la poesía y la prosa como mecanismos de precisión. Margo Glantz e Ignacio Solares abordan la obra del gran poeta y fabulador mexicano en textos que la valoran y rememoran su trayectoria.